

## Las buenas letras

Con el cuello airosamente enarcado, las orejas enhiestas y la negra y reluciente piel salpicada de espuma, el fogoso potro hacía resonar el empedrado con su rítmico manoteo y chispear entre la polvareda sus bruñidas herraduras. De las casitas diseminadas a ambos lados del camino salían enjambres de chiquillos desharrapados, caras más sanas que limpias, llenas de curiosidad y desconfianza; y las mujeres, ocupadas en las faenas matinales, se asomaban discretamente al ventanillo de la cocina, atraídas por aquellas pisadas regulares y vigorosas que no podían confundirse con las de los jamelgos campesinos.

No parecía advertir el jinete las miradas de que era objeto: absorto en sus pensamientos, rígido en la silla y con el casco gris calado hasta las cejas, apenas contestaba con un movimiento de cabeza al saludo de la interminable procesión de lecheros que, ya aislados, ya en animados grupos, se dirigían a la ciudad, zarañeándose entre los cuatro tarros de hojalata colgados de la albarda.

La carretera, ascendiendo siempre, pasa en línea recta por el pueblo de Guadalupe, deja atrás la zona de los cafetales, divide en dos la aldea de San Isidro, y después de subir serpeando por entre sembrados y potreros, se oculta bajo las arboledas y va a morir en las selvas que coronan la cordillera.

A espaldas del viajero se iba ensanchando poco a poco un panorama hermosísimo. Por el norte las sierras de Barba y por el sur las de Aserri se alargaban como los brazos de unas tenazas cuyo eje fuera el Irazú; en el centro del dilatado valle aparecía la capital como una isla plomiza en medio de un océano de verdura; en lo alto de las montañas las aldeas con sus casas blanqueadas semejaban montones de conchas adheridas a las rocas; y hacia el occidente, en donde las enormes tenazas no llegaban a cerrarse, las azules colinas de la costa cortaban la raya indecisa del Golfo de Nicoya. Distinguíase perfectamente en las laderas y cañadas los diversos cultivos, las manchas amarillentas de los cañaverales, los cuadros verdeoscuros de los cafetales, la vistosa alfombra de los potreros, los ríos como hilos de estaño y los rastros de color rojizo, listos para la *quema*.

En una mañana como aquélla, el paisaje dorado por el sol naciente no podía ser más encantador; pero ya fuese por estar habituado a él, ya porque sus cavilaciones girasen en torno de asuntos más graves, ni una sola vez volvió el viajero la cabeza para contemplarlo.

Era  
na, ojos  
a su fise  
sensitiv  
De  
vimient  
sus ma  
que era  
consagr

El c  
plazado  
sin ruid  
mal ni  
una lom  
do un s  
doblaba

El  
improvi  
la silla,  
el vestio  
delante  
caballo.

A u  
un eleg  
del cua  
centro s

Ocu  
galería  
pintada  
de cana  
helecho  
laca. Se  
tía adm  
to, y po  
las erup

Veía  
cuadras  
nas y pl

El j  
galería  
cuadra.

—D  
dijo el  
lería, añ

—¿  
—L